

## EL FUTURO DEL SOCIALISMO

**Francisco C. Weffort**

Ante el verdadero cataclismo que ha significado para las fuerzas de izquierda el derrumbe del socialismo en los países de la Europa Oriental, Weffort sugiere que ello representa, más que el agotamiento de un sistema y un modelo ideológico en particular, la crisis anunciada de las concepciones deterministas y teleológicas de la historia, parecidas a la que sustentó Schumpeter, con cierta cautela, al formular sus fallidas predicciones del triunfo “inevitable” del socialismo en la era moderna. Weffort desconfía, a su vez, del determinismo economicista de los

---

FRANCISCO C. WEFFORT. Profesor de Ciencia Política en la Universidad de Sao Paulo (Brasil) e investigador del Centro de Estudios de la Cultura Contemporánea (Cedec), del cual fue fundador y primer presidente. Es autor, entre otras publicaciones, de *Ensayos de interpretación sociológico-política* (coeditor con Fernando Cardoso, 1970), *O populismo na política brasileira* (1978), y *¿Por qué democracia?* (1986).

\* Exposición del autor en el simposio organizado por la revista *Journal of Democracy* el 3 de abril de 1992 en Washington D. C., con motivo de cumplirse 50 años de la primera edición (en 1942) del libro de Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*.

El texto original en inglés fue publicado por *Journal of Democracy* (número especial, julio 1992) e incluido posteriormente en el libro editado por Larry Diamond y Marc F. Plattner, *Capitalism, Socialism and Democracy Revisited* (Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press, 1993). Esta traducción al castellano fue realizada por el Centro de Estudios Públicos con la debida autorización del *Journal of Democracy*.

En este número de *Estudios Públicos* se reproducen también las traducciones al castellano de los ensayos presentados en dicho simposio por Francis Fukuyama y Arturo Fontaine Talavera.

sectores neoconservadores que, al modo de Hayek, postulan la libertad económica como un *sine qua non* de la democracia política, reduciéndola a un mero epifenómeno del mercado. El proyecto socialista pasa hoy, según el autor de estas líneas, por asimilar la idea de que lo político es una esfera autónoma y por recuperar los viejos ideales de igualdad y justicia social, en cuya consecución resulta aún esencial el reforzamiento de la sociedad civil y la intervención “correctora” del Estado en la actividad económica.

**L**os acontecimientos de los tres últimos años han golpeado a la izquierda como lo hubiera hecho un terremoto. El descalabro del socialismo, iniciado en 1989, sorprendió a todo el mundo. Fue algo parecido a un relámpago inesperado en un cielo hasta entonces en relativa calma. Aún más impactantes fueron los acontecimientos de 1991, con el desmembramiento del imperio soviético y el enorme y trágico fracaso que puso fin a la revolución rusa, el movimiento de masas más grande de la historia moderna. La izquierda en todo el mundo debe ahora afrontar, en consecuencia, el más serio desafío de su historia.

Por la época (1942) en que Joseph Schumpeter publicó su ya clásica obra, *Capitalism, Socialism and Democracy*, era el capitalismo el que parecía condenado a desaparecer. Tras la Gran Depresión de los años treinta vino la segunda guerra mundial, y el fascismo, que había acumulado una sucesión de impresionantes éxitos políticos en la década precedente, seguía viento en popa, en camino de alcanzar sus mejores logros en el terreno militar. A pesar de que el capitalismo se había recuperado provisoriamente en Estados Unidos a fines de los años treinta, su trayectoria continuó siendo oscilante, como preludio al colapso que sobrevendría luego en toda Europa. Aliándose a la URSS de Stalin, las democracias capitalistas occidentales podían llegar a triunfar en la guerra (como efectivamente lo hicieron), pero incluso esa victoria —creían muchos— no sería suficiente para salvarlas del desastre final. Desde el término de la primera guerra mundial, era el socialismo el que parecía destinado a imponerse en la era moderna. De hecho, aun cuando la marcha en pos del socialismo comenzó a trastabillar en la segunda mitad del siglo veinte, la mística socialista logró sobrevivir hasta el instante mismo en que cayó el muro de Berlín en 1989.

Aunque él mismo aborrecía el socialismo, Schumpeter pensaba que el capitalismo sucumbiría primero. Él creía que la planificación centralizada al estilo soviético y el control estatal de la producción constituían la ola del futuro. Y quizás porque era un enemigo declarado del socialismo, Schumpeter

representa un ejemplo sorprendente de la fuerza persuasiva que caracterizaba a las ideologías de esa época, y de las malas pasadas que la historia suele jugarles a quienes pretenden apoyarse únicamente en la razón. Lo que ha resultado falso, en su caso, no es tanto una predicción en particular, que sugería el triunfo del socialismo, sino más bien toda una concepción teleológica de la historia, que otros a su vez compartían.

Aunque está habitualmente asociada al pensamiento de izquierda, la idea de que la historia avanza en pos de una finalidad determinada es muy anterior a los escritos de Karl Marx o al advenimiento de las corrientes socialistas modernas. Al plantearla, Schumpeter da muestras de cierta cautela académica: en la evolución inevitable del capitalismo al socialismo —afirma— no está descartada la posibilidad de que ocurran situaciones caóticas. Y elude claramente el bulto cuando dice, por ejemplo, que lo de la “inevitabilidad”, palabra crucial, se refiere tan sólo a las “tendencias presentes en un patrón observable”, que “jamás nos indica lo que *va* a ocurrir (...), sino solamente lo que podría ocurrir de seguir operando tales tendencias como lo han venido haciendo en el intervalo que nuestra observación abarca, y de no mediar otros factores”.<sup>1</sup> No creo que Marx estuviera en desacuerdo con esto, pues aunque muy a menudo hablaba como un verdadero profeta, se complacía en adoptar las precauciones habituales de un hombre de ciencia.

Una de las virtudes de los grandes giros imprevistos, como los habidos en el período 1989-1991, es que ellos contribuyen a revitalizar la vieja idea de que la historia es, en último término, la historia de la libertad. El determinismo, tan habitual entre los pensadores modernos —sean socialistas, liberales, neoconservadores o lo que se prefiera—, queda así en entredicho. Aun teniendo en cuenta el intento que hace Schumpeter de criticar a Marx, subsiste, como inequívoco trasfondo, su visión compartida de la historia como un proceso necesario. La predicción de Schumpeter, más sociológica que económica, de que el capitalismo habría de irse a pique debido a sus flaquezas en materia de innovación tecnológica, resultó falsa. Y aunque el capitalismo de la era moderna acabó destruyendo, como temía el propio Schumpeter, el denominado “estrato protector” (las asociaciones de artesanos, las clases aristocráticas, etc.), ello no ha tenido los efectos catastróficos que él imaginaba. Por el contrario, el capitalismo moderno y exitoso estuvo a la altura del desafío, desarrollando otros mecanismos protectores. Y resultó igualmente

---

<sup>1</sup> Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, 3ª ed. (Nueva York: Harper and Row, 1950), p. 61. El énfasis es del original.

capaz de neutralizar la consabida hostilidad de los intelectuales, al punto, incluso, de atraer para su causa a muchos de ellos.

Si el caso particular de Schumpeter es interesante, porque sugiere que la crisis intelectual gatillada por el colapso del socialismo no es sólo una crisis de la izquierda, América Latina es, a su vez, un caso regional interesante, porque constituye una prueba viviente de que las consecuencias ideológicas de los hechos ocurridos en 1989-1991 no se limitan a los países que han vivido el “socialismo real”. Es sabido que en los países de la Europa del Este hubo un preanuncio de la debacle en los varios y persistentes fracasos económicos verificados en la región y en un proceso gradual de corrosión ideológica interna. En América Latina la ideología socialista se mantuvo intacta debido, en buena medida, a la falta de uso. Con la excepción evidente de Cuba y Chile (donde existen movimientos socialistas y comunistas de fuerte raigambre social), el socialismo del resto del continente es, antes que un fenómeno político, uno de índole puramente intelectual, aunque de gran importancia práctica.

América Latina ha sido tradicionalmente un terreno propicio para los políticos populistas. En fecha algo más reciente, se ha abierto espacio en diversos partidos tanto para la socialdemocracia como para un liberalismo con conciencia social. Estos tipos de políticas, sin ser socialistas, testimonian a pesar de todo el influjo ideológico del socialismo. Puesto que el capitalismo al estilo latinoamericano no es conocido por sus éxitos o la audacia de sus defensores ideológicos, los socialistas disfrutaban, en la cultura política de la región, de una importancia que supera con mucho el escaso número de ellos. Hoy día, sorprendidos como todo el mundo a causa del terremoto habido en el período 1989-1991, los socialistas de América Latina se preguntan cómo pueden contribuir a la reconstrucción de sus respectivas sociedades, atrasadas, corporativistas y en exceso burocratizadas, muchas de las cuales se hallan estancadas y algunas, incluso, en vías de desintegración.

En un sentido estricto, los hechos de 1989-1991 eran inconcebibles a la luz de cualquier paradigma histórico existente. Quizás ciertos estilos teleológicos y deterministas de pensamiento habían entrado en crisis tiempo antes, pero las reservas últimas de esa confianza izquierdista en el carácter inexorable del “progreso” permanecieron en pie hasta que los regímenes socialistas de Europa Oriental exhalaban su último suspiro. Hasta 1989, muy pocos pensaban que los países socialistas podían revertir alguna vez a formas sociales, económicas y políticas características del capitalismo. En 1991, las últimas esperanzas de los viejos estilos de pensamiento quedaron enterradas.

La escuela más afectada en todo el proceso es, ciertamente, la que se asocia al propio Marx, pero sus consecuencias van mucho más lejos.

Los acontecimientos terminales de 1989-1991 anuncian un redescubrimiento de la esfera política que debiera remecer no sólo a los sectores izquierdistas que pusieron demasiado empeño en las teorías deterministas de la historia, sino también a muchos apologistas neoconservadores del capitalismo que sostienen la primacía de las explicaciones economicistas.

### **El desafío neoconservador**

Todo esto plantea una pregunta ineludible: ¿cuál es el significado de la época actual? Evidentemente, es un tema demasiado vasto para los límites que supone un breve artículo, pero puedo al menos sugerir algunas hipótesis al respecto. A mi entender, nuestra época no se caracteriza únicamente por la pérdida de confianza en el Estado y el nacimiento de una adhesión a los mecanismos del mercado, sino también por el creciente fortalecimiento de la democracia política y la sociedad civil. Este punto es fundamental, pues viene a demostrar, contrariamente a lo que sugieren los neoconservadores, que el mercado no es la única opción en juego en nuestros días. Si el pensamiento socialista aspira a sobrevivir y cobrar relevancia, debe explorar seriamente la significación de esta y otras hipótesis.

Schumpeter es importante en este respecto por su propuesta de sustituir la noción clásica de la democracia —entendida como un instrumento para alcanzar el bien común—, por un concepto renovado de ella, que la conciba como una serie de procedimientos para elegir gobierno mediante la competencia pacífica de las elites. La democracia sería, entonces, no tanto “el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo”, sino el gobierno de los líderes que el pueblo escoge en elecciones libres. Schumpeter infiere, a mayor abundamiento, que tan sólo una feliz concatenación de circunstancias podría modificar esto último para transformarlo en lo que Lincoln denominaba el gobierno “para el pueblo”.

Confieso aquí los sentimientos encontrados que me invaden al releer los famosos capítulos de Schumpeter sobre la democracia. Ellos exudan un escepticismo radical y muy perturbador respecto de las tendencias racionalistas y del individualismo tan característicos del espíritu moderno. Por otra parte, el realismo sin tapujos del autor nos brinda una base firme para abordar el carácter verdaderamente autónomo del fenómeno político en el mundo moderno. Es más, aunque él mismo rechazaba de manera explícita toda noción de la democracia como un fin en sí misma, sugiere a la vez un novedoso punto de partida para el análisis político, el cual permite que el lector sosla-

ye ese rechazo, optando por cualquiera de las numerosas vías conducentes a reformular la noción de la democracia como un valor en sí.

La experiencia histórica de las décadas recientes ha confirmado, para muchos, la idea de que aun la democracia procedual no puede quedar reducida a una cuestión de puros formalismos. En rigor, los procedimientos democráticos exitosos presuponen la existencia de ciertas cuestiones tan sustanciales como los acuerdos institucionales en virtud de los cuales un pueblo llega a ser libre. De no tener en cuenta dichas cuestiones, ¿qué posibilidad tenemos de entender la generalización de la democracia política reflejada en los acontecimientos de 1989-1991? Por cierto, las experiencias de democratización en América Latina y en la Europa del Este y meridional debieran atraer nuestra atención sobre la diferencia fundamental entre los sistemas económicos y los valores culturales. Todavía más, ellas confirman la necesidad de construir perspectivas teóricas que eviten cualquier forma de determinismo.

Los neoconservadores han puesto en duda la posibilidad de un socialismo democrático, al definir la democracia como si ella dependiera exclusivamente de la economía de mercado. Las interrogantes que ellos expresan son ciertamente atinadas y merecen ser confrontadas aquí. ¿Es posible acaso la libertad política sin libertad económica? Mi respuesta es no. ¿Es la democracia política posible sin el mercado? Mi respuesta es nuevamente negativa. Pero ambas interrogantes y sus respuestas son demasiado abstractas para que puedan tener alguna significación práctica. Fueron útiles al hacer la crítica de los regímenes totalitarios de la Europa del Este y de la ex URSS, pero resultaron de poca ayuda en la lucha contra los regímenes “burocrático-autoritarios” que florecieron hasta hace poco en América Latina y el sur de Europa. Dichos regímenes combinaban el rechazo a la democracia con el intervencionismo estatal, pensado para promover el desarrollo económico apoyándose en los pilares capitalistas de la propiedad privada y el mercado.

En los regímenes totalitarios, donde el Estado busca ejercer, por definición, el control absoluto de la actividad económica, todo acaba politizándose y la economía desaparece como tal. La diferencia entre el Estado y la sociedad se desvanece también, como les ocurre a las asociaciones intermedias que se sitúan entre el gobierno central y el individuo, y en cuya importancia hacía hincapié Tocqueville. Cuando el Estado invade así, despiadadamente, el ámbito de la sociedad y la economía, las libertades individuales no pueden sobrevivir por mucho tiempo. De modo que los neoconservadores están en lo cierto cuando afirman que la libertad política no es posible sin la libertad económica, ni la democracia sin el mercado.

Sin embargo, cuando se trata de afrontar la extrema complejidad de las actuales circunstancias históricas, los neoconservadores tropiezan con

ciertas dificultades. Una de ellas consiste en que la invasión de la esfera económica por el Estado, en la génesis de los sistemas totalitarios, no es anterior a la supresión de la democracia política sino posterior a ella. La consolidación del control estatal de la economía es, con frecuencia, una medida eminentemente política, una forma de prepararse para la guerra o de proseguir con mayor eficacia una guerra *ya* declarada. Por consiguiente, es sólo después de que un régimen no democrático ha invadido la esfera económica que podemos hablar, con propiedad, de que una economía controlada por el Estado es un baluarte del régimen totalitario.

Asimismo, las viejas preguntas que hoy hacen los sectores neoconservadores no afectan, en modo alguno, las objeciones que los trabajadores y los socialistas han sustentado desde tiempos inmemoriales en contra de las nociones capitalistas de la libertad económica. ¿Son los trabajadores individuales, y no organizados, económicamente libres respecto de las grandes firmas para las que trabajan? Los sindicatos de todas las democracias modernas suelen responder negativamente a esta pregunta. Y si el trabajador no es libre como individuo en relación a la firma para la que trabaja, quiere decir que su propia libertad económica depende menos del mercado y más de los métodos de compensación y autodefensa por medios pacíficos que la sociedad civil y las políticas democráticas le brindan. Aplicando la misma lógica a un contexto diferente, podemos preguntarnos si los pobres son políticamente libres en sociedades donde las desigualdades económicas y sociales extremas son factores omnipresentes en el diario vivir. Quienquiera que se haya tomado la molestia de revisar la historia de las ideas políticas sabe que no son únicamente los socialistas quienes han enunciado desde siempre esta última pregunta, y que ella representa también una temática recurrente del liberalismo político (aunque sea de aquel que los sectores neoconservadores prefieren hoy olvidar).

### **Sistemas económicos y valores culturales**

Pero las preguntas que sí formulan los neoconservadores son instrumentales, ciertamente, a varios propósitos. Entre ellos el más importante es subrayar la necesidad de asumir una postura frente a la cuestión teórica de “¿qué es la libertad?”. A partir de lo planteado hasta aquí, ha de quedar clara, imagino, mi predilección por aquellos teóricos para los que la libertad se define en relación con la esfera política. Para la mayoría de los neoconservadores, por otro lado, ella se define en términos de la economía. Friedrich Hayek, por ejemplo, explica la relación entre las libertades

económicas y la política en términos que dejan en claro su convicción de que la primera es primordial: “La libertad bajo el imperio de la ley implica la libertad económica, en tanto el control económico, entendido para todos los efectos, como el control de los medios de producción, posibilita la restricción de toda libertad”.<sup>2</sup> Hayek rechaza la distinción entre liberalismo económico y liberalismo político, reduciendo de ese modo la democracia política a un mero instrumento del mercado. Cualquier intervención del Estado en el mercado (exceptuando determinados servicios) es un paso en la dirección del autoritarismo o incluso del totalitarismo. Pero algo suena falso en esta argumentación: hablando en sentido estricto, Hayek resuelve el problema de la relación entre libertad económica y libertad política por la vía de las definiciones. Es como si le dijera al lector: “Tómelo o déjelo”. Sólo que esa forma de enfocar el problema obvia su carácter histórico.

Hannah Arendt se formula la misma pregunta, pero la resuelve de un modo distinto, dejando la cuestión abierta para ser respondida tras la reflexión en torno a (y la participación en) la historia. Heredera de una tradición que se remonta a Tocqueville, Hannah Arendt echa mano, en mayor grado que sus predecesores, a ciertos temas que provienen de la antigüedad clásica: el ámbito de lo económico (en su acepción original, de la vida privada o de la familia, que en la antigüedad incluía a la esclavitud) es el reino de la necesidad; la libertad sólo puede surgir en el ámbito público de la actividad política.<sup>3</sup>

Hannah Arendt estaría probablemente de acuerdo con Hayek cuando nos advierte que esta derivación de la “cuestión social” a la esfera política plantea un riesgo cierto de que surja el autoritarismo. Pero, a diferencia de los neoconservadores, la autora rechaza toda forma de determinismo económico. Y a pesar de sus ocasionales (y muy comprensibles) reincidencias en diversas formas de pesimismo respecto de las proyecciones de la libertad en el mundo moderno, sostiene finalmente que los individuos tienen la posibilidad de ser libres en y a través de la acción política: “por sus dichos y hechos”, como ella misma dice. Hannah Arendt interpreta las revoluciones de la era moderna de modo tal que ningún determinismo (ya sea marxista o neoconservador) consideraría aceptable. Cuando señala, por ejemplo, que en la base de ellas está la lucha de la libertad contra la tiranía.<sup>4</sup> ¿Habría acaso una evaluación más original que

---

<sup>2</sup> Friedrich Hayek, “Liberalism”, en *New Studies in Philosophy, Politics, Economics, and the History of Ideas* (Chicago: University of Chicago Press, 1978), p. 132.

<sup>3</sup> Hannah Arendt, *The Human Condition* (Chicago: University of Chicago Press, 1958), Parte VI: “The ‘Vita Activa’ and the Modern Age”.

<sup>4</sup> Hannah Arendt, *On Revolution* (Nueva York: Viking Press, 1963).



ésta —o, vista *a posteriori*, más obvia— de lo ocurrido en el período 1989-1991?

En esta, su hora de mayor perplejidad, los socialistas de todo el mundo harían bien en consultar el ensayo de Norberto Bobbio *Which Socialism?*.<sup>5</sup> En esta obra de título tan sugestivo, Bobbio resumió los actuales apuros del socialismo democrático al advertirnos que ningún país democrático había derivado al socialismo y que, paralelamente, ningún país socialista había alcanzado la democracia. Siendo él mismo un “socialista liberal”, Bobbio quería decir con ello lo que hoy todos sabemos: que para alcanzar la democracia los países de la Europa Oriental tendrían que dejar de lado el socialismo. Como ya lo he sugerido, esto supone una inequívoca victoria política del neoconservantismo. El socialismo totalitario, en el cual se entiende la socialización de la producción como el control estatal de ella, conduce a la opresión política y al estancamiento económico. Así, el afán libertario que florece con el resurgimiento de una sociedad civil se vuelve necesariamente en contra del Estado, exigiendo una transición a la democracia y el capitalismo. Luego de haber asistido a un giro tal de los acontecimientos en la Europa del Este, la única forma de que los socialistas puedan sobrevivir como fuerza política radica en encontrar una *raison d'être* absolutamente nueva.

Con la caída del socialismo estatista, los socialistas se sorprenden hoy a tientas, intentando explicarse a sí mismos, y a los demás, cuáles podrían ser las características de una alternativa socialista seria frente al capitalismo. Pero si la distinción que sugiero entre los sistemas económicos y los valores culturales tiene sentido, deberían estar tan seguros como siempre de los viejos valores socialistas, como la igualdad, la justicia social y otros. Alguien puede argumentar que tales valores están hoy ampliamente difundidos en las democracias modernas y no son, por ende, específicos del socialismo, pero esto no debería constituir una objeción seria. Estamos hablando, precisamente, del socialismo *democrático*. Así pues, no debería sorprender a nadie que los socialistas, dada su actual carencia de una alternativa económica y una teoría social, abrazaran en los próximos años una concepción del socialismo que no estuviera necesariamente ligada a un sistema en particular, sino definida, ante todo, en términos de ciertos valores.

---

<sup>5</sup> Norberto Bobbio, *Which Socialism?*, Trad. Roger Griffin (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1987).

## El Estado y el mercado

Eduard Bernstein había afirmado que “el movimiento lo es todo y el fin nada es”. En los días heroicos de la socialdemocracia, el “movimiento” era la lucha de los trabajadores y de los socialdemócratas para conseguir la satisfacción de demandas concretas en el seno de la sociedad capitalista, en tanto el “fin” era la idea de una sociedad socialista que habría de sustituir al capitalismo y eliminar la explotación. Hoy, sin embargo, nuestra experiencia con las democracias modernas en general y las socialdemocracias en particular nos faculta para añadir a todo ello algunas cosas. Bernstein tenía razón al decir que el “movimiento” es más importante que el “fin”, sencillamente porque es el movimiento el que lidera la marcha hacia el fin, y en tal sentido lo crea. En la historia no hay sendas previamente delimitadas, pues, como suele decirse, “se hace camino al andar”.

Pero al decir que el fin nada es, Bernstein exageraba las cosas en una propuesta de carácter polémico que no deberíamos tomar literalmente. Por cierto, el fin ya no es más la apariencia *inequívoca* de una sociedad socialista que habrá de surgir, inevitablemente, a partir de las contradicciones internas del capitalismo. Esa era, sin embargo, la manera en que concebían el “fin” los adversarios “antirrevisionistas” de Bernstein en el movimiento socialista de fines del siglo diecinueve y comienzos del veinte. En una era como la nuestra, con sus múltiples incertidumbres, los socialistas debieran ser los últimos en buscar reivindicar las viejas certezas. Pero, ¿cómo podría el socialismo despojarse de cierto objetivo a conseguir? En rigor, el fin existe, pero en la forma de un proyecto a configurar libremente y no como un resultado fatalmente predeterminado; puede alcanzárselo sólo parcialmente o incluso frustrarse a causa de grandes obstáculos y acontecimientos imprevistos. Todavía más, en tanto constituye una visión del futuro, el fin debe modificarse de acuerdo a las circunstancias del presente. Es un proyecto inspirado por grandes ideales, pero no lo es todo. No hay garantías de que ocurra con certeza —pese a lo que suponen los partidarios del “socialismo científico”—, pero ello no le resta significación. Es la intención del caminante, sin la cual el viaje no tendría significado alguno y, probablemente, jamás hubiera sido emprendido.

Si todavía es posible una perspectiva socialista del futuro, ella debe configurarse desde la posición estratégica que los hechos del período 1989-1991 nos brindan para examinar la historia de la democracia en nuestra época. En la Europa del Este, en la Europa meridional y América Latina, el Estado fue derrotado en su intento de controlar la economía y la sociedad. Cuando menos a contar de la primera guerra mundial, el Estado había

pasado a la ofensiva en diversos contextos económicos y políticos. Las variantes socialista y fascista del totalitarismo, los regímenes “burocrático-autoritarios” y una serie de otros autoritarismos son las más conspicuas formas políticas —aunque no las únicas— que han guiado la expansión del Estado a través de los años. Con todo, el crecimiento impresionante del Estado en nuestro siglo no ha ocurrido sólo en dictaduras y ha afectado por igual a las democracias modernas.

Una perspectiva socialista democrática debiera conceder espacio al mercado, pero también adherir a la democracia política y el desarrollo de la sociedad civil e incorporar el pluralismo social, ideológico e institucional.<sup>6</sup> En la actualidad, el problema fundamental para el socialismo consiste en mostrar que las sociedades pueden alcanzar una forma de autogobierno que combine los principios de igualdad social con los de libertad política. El socialismo democrático se inspira en una concepción radical de la democracia. Esto no significa que se proponga el objetivo imposible de eliminar todas las diferencias entre gobernantes y gobernados. Su propósito, más bien, es mejorar en todo momento las instituciones de la democracia política y la sociedad civil, en especial las vinculadas al mundo del trabajo. Dicha perspectiva no excluye, ni puede excluir, el reconocimiento de que los sectores más avanzados de la economía se hallan cada vez más transnacionalizados o son de carácter global. Desconocer este procesos de internacionalización equivale a aceptar el atraso y el estancamiento.

Con todo, incluso en las sociedades modernas más avanzadas el mercado no funciona automáticamente. En el mejor de los casos, el funcionamiento saludable del mismo está garantizado y es incentivado, e incluso orientado, por instituciones sociales y políticas y por normas administrativas elaboradas y aplicadas por el Estado, como John Kenneth Galbraith lo demostró en el caso de los Estados Unidos.<sup>7</sup> Es cierto que los estados interfieren con frecuencia en los mercados, pero nadie ha descubierto, hasta aquí, la forma para que los mercados funcionen sin que exista algún grado de intervención estatal. El reconocimiento de esta realidad de las democracias modernas no implica ningún intento de restaurar el socialismo estatista; es, más

---

<sup>6</sup> Esto es sólo un bosquejo de un programa teórico que no puedo describir aquí en su totalidad por falta de espacio. Hay algunas ideas relevantes al respecto en Alec Nove, *The Economics of Feasible Socialism* (Londres: George Allen y Unwin, 1983), Parte V: “Feasible Socialism”. Muy sugestivo a la vez es el ensayo de Alan Wolfe, “Three Ways for Development: Market, State, and Civil Society”, manuscrito inédito, New School for Social Research, agosto 1991.

<sup>7</sup> John Kenneth Galbraith, *The New Industrial State* (Boston: Houghton-Mifflin, 1967).

bien, puro y simple realismo, el cual acaba imponiéndose a cualquiera que esté familiarizado con la historia moderna. (En lo que hace al socialismo estatista, aun cuando no ha muerto del todo como una realidad concreta — de hecho, sobrevive en diversos lugares, como China y Cuba—, se puede decir que ha perecido definitivamente como modelo ideológico.)

Desde esta perspectiva, la tendencia ideologizante de muchos neoconservadores, en razón de la cual entienden la relación entre Estado y mercado en términos polarizados, conduce a la extraña conclusión de que ninguna sociedad de entre las existentes pueda considerarse una economía de mercado. Todas las sociedades democráticas —que son las que interesan aquí— exhiben economías mixtas, en las que la actividad económica está repartida de diversas maneras entre el Estado y el mercado. Como ejemplos de ello, cabe citar el Estado intervencionista en Japón, las socialdemocracias de Alemania y Suecia o las democracias liberales de Inglaterra y los Estados Unidos.

La rica experiencia de las democracias modernas con economías mixtas nos enseña infinidad de cosas. En primer lugar, muestra que cierta presencia estatal en la economía, incluso una presencia destacada, no conduce por sí sola al autoritarismo o al totalitarismo. La sociedad democrática moderna no es la del “Estado mínimo”, sino que presupone, por el contrario, la existencia de un Estado fuerte; al mismo tiempo requiere que la sociedad civil y la democracia sean lo suficientemente fuertes para controlar al Estado. Hay una tensión permanente entre el Estado y el mercado, pero cada uno de ellos requiere del otro. Ninguna democracia moderna puede batirse sin el mercado, como sostienen los menos juiciosos de entre los socialistas, o salir adelante con un “Estado mínimo” del tipo que idealizan los neoconsevadores.

### **Lecciones para los socialistas**

Para los socialistas democráticos, sin embargo, la principal lección es otra. Si la tendencia del pensamiento neoconservador es hacia el determinismo y el monismo del mercado, el pensamiento socialista democrático debiera tener un carácter pluralista y abierto a múltiples posibilidades. Las interpretaciones socialistas deben concebir siempre el orden social como una realidad plural en la que el Estado, el mercado, la cultura política democrática y la sociedad civil autónoma son elementos fundamentales. El sello distintivo de los movimientos socialistas frente a otras fuerzas políticas democráticas debe ser su preocupación esencial en que la sociedad sea cada vez más igualitaria y más libre. En una época en que la economía capitalista es, de manera creciente, un fenómeno de alcances

mundiales, los socialistas han de aprender a coexistir con las formas más avanzadas del capitalismo si desean conservar los pies en la tierra y marchar hacia la modernidad. Pero no precisan identificarse, en sus valores y sus gestos, con el “alma” del capitalismo. Los socialistas deberían casarse con la democracia por amor, pero su unión con el mercado no debería ser más que un “matrimonio por conveniencia”.<sup>8</sup>

¿Habrá de conducirlos esto a una postura más frágil que la de aquellos socialistas tempranos que —como tan bien lo describió Schumpeter— creían en un socialismo pretendidamente “científico” y pensaban que la “inevitabilidad histórica” estaba de su parte? No lo creo. Pero aun en el caso de que su nueva postura resultara al final más débil, sería el precio menor que debería pagar todo socialista que auténticamente valore la democracia como un fin en sí misma. Sólo se es un auténtico demócrata cuando se percibe claramente y se reconoce de partida que el propio punto de vista es parcial, no el de todo el mundo o el de la sociedad en su conjunto. Si el socialismo logra adquirir un nuevo significado y consigue rehabilitarse en términos políticos, será porque los socialistas habrán aprendido, finalmente, a tolerar la presencia de sus adversarios como legítimos participantes en el juego democrático, para lo cual será preciso entender el socialismo, en cualquier forma imaginable, como una posibilidad antes que una necesidad histórica. Tras los acontecimientos de 1989-1991, los socialistas —más que ningún otro sector— debieran ser capaces de percibir que no son los amos del futuro.

De igual modo, debieran entender el grave error que cometen aquellos que han llegado a imaginar, mediante una curiosa inversión ideológica, que los amos del futuro son los capitalistas. Si la historia es efectivamente la historia de la libertad, como sugería Lord Acton, quiere decir entonces, sencillamente, que el futuro carece de amos. He aquí la más promisoria de las múltiples lecciones que brindan los acontecimientos del período 1989-1991, y que deberían aprender todos los que deseen contribuir a edificar sociedades más libres, más modernas y —si la izquierda cumple su cometido— más igualitarias. □

---

<sup>8</sup> Esta idea me fue sugerida, en un contexto ligeramente distinto, por el profesor Jeffrey Weintraub de la Universidad de California, San Diego, Carta dirigida al autor.